

II. NOTAS

Alejandro Canseco-Jerez estudia a

Juan Emar

Lucía Invernizzi

Universidad de Chile

El trabajo de Alejandro Canseco-Jerez sobre Juan Emar*, se propone examinar “un curioso fenómeno de la recepción estética en el marco de la literatura chilena”: el caso de Juan Emar, cuyas obras, tanto en los momentos en que han sido publicadas como con posterioridad, han recibido de parte de la crítica dos tipos de respuesta: un sugestivo silencio o encomiásticos juicios de algunos críticos de reconocida autoridad, los que, sin embargo, no han logrado influir en la difusión, conocimiento y valoración de la obra de Juan Emar en nuestro medio. A contribuir a la tarea de rescatarla de esa situación al margen del espacio literario chileno en que la obra emariana permanece, se encamina el esfuerzo de Alejandro Canseco, inspirado no sólo en el conocimiento y reflexión sobre ella, sino también en el entusiasmo y adhesión que la obra y el escritor le despiertan. Ejercicio reflexivo y compromiso afectivo con el objeto de estudio es lo que el texto de Alejandro Canseco manifiesta y comunica, constituyéndose así en eficaz medio para estimular en otros el interés por explorar los aún desconocidos espacios abiertos por la obra de Emar en la narrativa chilena de este siglo, e incitando también a indagar en otros muchos territorios no conocidos o velados de la literatura chilena de todos los tiempos.

En búsqueda de respuestas acerca de las causas que han generado la escasa consideración que la obra de Emar ha tenido en el ámbito literario nacional, Alejandro Canseco observa primeramente el contexto epocal y sociocultural en que ella se produce. Este examen revela antecedentes que no sólo valen para el caso particular en estudio, sino que, además, constituyen factores y condiciones que inciden fuertemente en la producción y recepción de objetos estéticos en nuestro medio y que debieran ser tenidos en cuenta en cualquier intento destinado a caracterizar el medio cultural chileno.

La observación del contexto dentro del cual la obra de Emar se produce enfrenta a dos tipos de evidencias: por una parte, su no correspondencia con la arraigada tradición realista de la narrativa chilena, respecto de la cual el escritor manifestó sin ambages su abierto rechazo y voluntad de ruptura; con la consiguiente consecuencia de su marginación y soledad de creador que no adscribe ni se cobija bajo ninguna

*Ed. Documentas, Santiago, 1989.

escuela o grupo literario, si bien alguno de ellos, como la Mandrágora, lo reconociera próximo. Por otra parte, el examen de ese contexto revela una actitud de apatía e indiferencia frente a un quehacer y una creación literaria que se plantean innovando o transformando radicalmente los sistemas de representación vigentes o dominantes. Actitud de apatía o indiferencia activas, sin embargo, si atendemos a los efectos que produce, puesto que desde ella se ignora, no se reconocen valores o mañosamente se los silencia, haciendo realidad, así, que en la tierra de las letras nacionales nadie que se separe o disienta de las normas imperantes puede ser profeta, o revelando también que otra manida expresión nuestra —el pago de Chile— no es mera frase, sino frecuente experiencia vivida por los habitantes de nuestro mundo literario. En este sentido, Emar no sería un caso aislado y particular, sino uno de los muchos de un fenómeno recurrente e inquietante que valdría la pena investigar para un mejor conocimiento de la realidad literaria chilena.

Luego de la observación del contexto sociocultural de la época de producción de las obras de Emar, la mirada de Alejandro Canseco se centra en el escritor, en su reacción y en las opiniones acerca de la indiferente o poco estimulante recepción que sus obras tuvieron. Opiniones vertidas especialmente en cartas de Emar a Alice de la Martinière —Pépéche—, correspondencia inédita que Alejandro Canseco atrae a su texto, incorporando así no sólo otra fuente de información para el conocimiento de Emar, sino también una dimensión personal muy significativa desplegada en esa correspondencia diaria con Pépéche que, a partir de 1956, fue el único modo de vínculo con quien fuera su compañera desde 1928. Sobre este aspecto del libro que presento, que me parece uno más de los aportes al conocimiento de Emar que hace Alejandro Canseco, volveré luego. Por ahora, importa consignar que en esa correspondencia se expresa la lúcida conciencia de Emar de ser un verdadero exiliado del universo literario chileno, por no conceder al realismo, regionalismo, nacionalismo literario en boga y, por el contrario, expresar su “horror” y su rechazo por esa literatura anacrónica que, en sus palabras, responde a normas estéticas de “fines de siglo pasado con los hechos cotidianos de la vida” y a la que resulta imprescindible el “estimable” color local, sobre el cual irónicamente se referirá Emar en *Miltín* diciendo: “Veo que (mis obras) adolecen de un defecto grave: no tiene color local; yo no me ocupé lo bastante del color local. Y esto es malo, muy malo”. Nada en la creación emariana responde, en efecto, a esas tendencias dominantes y nada, ni el silencio e indiferencia con que son recibidas sus obras, ni la nula incidencia que ellas tienen en el proceso de la narrativa chilena, le hacen desviarse del camino ya trazado que es el de la diferencia, oposición y ruptura respecto de los criterios estéticos dominantes en su tiempo. Para continuar recorriendo ese camino, Emar se recluye en la “soledad y apartamiento” de los “inmensos lomajes verdes, de todos los verdes posibles” de Quintrilpe, rodeado de bosques, pájaros y con un fondo cordillerano de inmensos y hermosos volcanes, donde se entrega a su labor creadora sin “oír las opiniones de críticos ni de público” porque ésa es la “única manera de trabajar bien”; negándose a publicar nada de esas 5.152 que declara tener escritas en 1963 y que corresponden al texto de *Umbral*, sólo parcialmente editado, en su primer pilar, por Carlos Lohlé en 1977.

Tras revisar todos estos antecedentes y operando con categorías propias de la estética de la recepción, concluye Alejandro Canseco que el caso Emar es el de una escritura que no responde al “horizonte de expectativas del lector chileno”, y de allí

la reacción de “incomprensión, disgusto, rechazo o indiferencia” que suscitan sus relatos y novelas que en los planos temáticos y de las estructuras narrativas, delatan la separación y ruptura de los “cánones estéticos dominantes en su época”, enfrentando por ello Emar el destino reservado en nuestro medio a los creadores que producen estos quiebres estéticos e históricos, que es el desconocimiento casi general de que son objeto.

Es el precio que se paga, en el campo de las letras, por oponerse y resistir al poder de esas fuerzas que determinan criterios, normas, códigos, modelos para la actividad creadora y que, además, fijan “el horizonte de expectativa del lector” o las pautas que regulan la recepción a través de mecanismos de selección, valoración, reconocimiento, inscripción en el canon, mecanismos que implican siempre a sus contrarios: exclusión, desvaloración, no reconocimiento, olvido, eliminación, silencio. Fuerzas y poderes que tienen en textos como las antologías, las historias literarias, los artículos periodísticos, los trabajos académicos algunos de sus eficaces instrumentos de manifestación e influencia. Ellos son los forjadores de los lugares que los escritores tienen en la literatura o los que se los niegan.

Por eso, cuando Alejandro Canseco se pregunta por el lugar de Emar en la literatura chilena, materia de la que se ocupa en la primera parte de su libro, se dirige hacia las antologías del cuento chileno en atención a la cantidad y variedad de ellas y al hecho que “la única obra de Emar que ha sido reeditada es *Diez* (libro de cuentos y relatos), lo que nos lleva a pensar que la consideración literaria del ‘medio’ hacia Emar la obtendrá como cuentista”.

Pero el examen de doce antologías generales del cuento chileno, publicadas entre 1937 y 1974 en las que se registran un total de 124 cuentistas, da un resultado que niega esa hipótesis, puesto que ese examen revela que en sólo cuatro antologías figuran textos de Emar, siendo dos de ellas elaboradas por escritores que se sitúan en una esfera estéticamente próxima a la de su creación, como son las de su hermana María Flora Yáñez y de Miguel Serrano, quien en *Antología del verdadero cuento en Chile*, publicada en 1938, incluye, junto a Emar, a muchos autores de la Mandrágora o afines a las tendencias surrealistas.

La escasa presencia de Emar cuentista en las antologías no hace sino confirmar el hecho de que la no correspondencia de su obra con los criterios estéticos dominantes —que son los que, desde diferentes perspectivas y posiciones, sostienen y representan los antólogos—, le priva de tener un lugar de mayor preferencia y relieve en el repertorio que éstos construyen. Hecho éste que se ilustra con detalle en el libro de Alejandro Canseco cuando establece la comparación entre los relatos de Emar y los cuentos de tres de los escritores que concitan las mayores preferencias de los antólogos, a saber, Manuel Rojas, Marta Brunet y Francisco Coloane. En todos ellos pareciera seguir vigente la decimonónica concepción de la literatura como “expresión de la sociedad”. Temas, espacios, personajes, situaciones narrativas, en fin, todos los componentes del universo ficticio son parte integrante de la representación de una realidad perfectamente reconocible por sus relaciones con esa “cotidianeidad de la vida”. Eso es lo que rechazaba Emar, en sus declaraciones y en su obra, que atrae otras muy diferentes esferas al espacio de una ficción literaria que en nada parece referir a la realidad local desde sus oníricos mundos poblados de unicornios, pájaros verdes, gatos malditos, Pampusas, Pibesas y personajes como Rudecindo Malleco, Desiderio Longotoma, Julián Ocoa, Matilde Atacama y tantos

otros que, ni en su caracterización ni en las situaciones que protagonizan, representan o pudieran representar lo que sus apellidos indican.

La reducida presencia de Emar en las antologías del cuento chileno, los términos insinuadamente descalificatorios con que en algunas de ellas se lo presenta, son signos de la acción de los poderes que fijan y preservan los criterios dominantes en literatura y que, además, influyen en la configuración del “horizonte de expectativas” del lector. Y en la hora de asignar lugares en la literatura, ese poder descarta a aquellos que se separan, oponen o rompen con los criterios establecidos o les asigna el lugar que se concede a las minorías: el de la marginalidad, convenientemente distante del centro donde el poder se sitúa y desde donde irradia y opera.

El capítulo que contiene el estudio del caso Emar a la luz de las antologías del cuento chileno, resulta importante para la finalidad que el libro de Alejandro Canseco persigue en cuanto recuperar a Emar para el interés y la consideración del lector y de los estudiosos de la literatura chilena, proceso que como dice el autor pasa por la denuncia “de los mecanismos de ocultamiento con que la ‘literatura imperial’ busca acallar el verbo de la diferencia”. Pero, además, resulta igualmente importante porque abre a la reflexión acerca de problemas literarios fundamentales, como son aquellos que se implican en la tarea de hacer historia literaria o constituir las selecciones de obras y autores que van conformando el canon de una literatura.

La segunda parte del libro se dedica a “La recepción de la obra literaria de Juan Emar a través de la crítica periodística”, materia que el autor presenta ordenando los juicios críticos suscitados por la obra de Emar en torno a cinco momentos decisivos de una cronología que se extiende entre 1935-1977.

Precede a esa revisión una breve referencia al ejercicio crítico periodístico del propio Emar en sus *Notas de Arte* publicadas en el diario *La Nación* entre los años 1923 y 1925, “documentos de valor inestimable para comprender el clima intelectual de la época” y testimonio de la lucha emprendida por esa minoría intelectual de la que Emar es vocero, por dar a conocer el arte contemporáneo europeo en este medio nuestro empapado del espíritu de un realismo que le hace impenetrable y resistente a las manifestaciones del arte de vanguardia. El escaso eco que esa acción tuvo y los resultados tan adversos que obtienen los impulsores de esta iniciativa, tiene su expresión elocuente en estas palabras de Emar: “Con toda buena fe y buena lógica creímos que los recibidores de estas noticias nos brindarían mil felicitaciones y agradecimientos, nos sacarían por las calles en andas, con banda de música a la cabeza y nos obsequiarían al final del recorrido triunfal, una flor, por lo menos; o un plato de porotos... ¿qué diablos? ¡Nada! Se indignaron (...) Casi nos matan” (*Umbral*, tomo III, Primer Pilar-Inédito).

No es de extrañar entonces que ese medio no sólo indiferente sino hostil a las nuevas tendencias artísticas recibiera las primeras obras publicadas por Emar en 1935: *Miltín 1934*, *Ayer y Un Año* y posteriormente, *Diez*, en 1937 —con un “silencio implacable, frío y calculador”, sólo roto por las pocas voces como la de César Miró que saludan al escritor reconociendo sus méritos y la novedad del arte de “este atrevido Juan Emar que no se parece a nadie, no viene de nadie, no se trae manuales ni catecismos bajo el brazo y su tono es orgulloso de originalidad. Juan Emar es hijo de Juan Emar y padre de sí mismo”, agregando que “su novela es negación de la novela como género consagrado dentro de los lineamientos establecidos, reconoci-

dos y aceptados”, novela y antinovela. Junto a César Miró, Luis Meléndez y Eduardo Barrios destacarán el alucinante universo narrativo creado por un arte que sigue la técnica y la lógica del sueño.

El mismo silencio hostil de la incompreensión y la indiferencia y no el conmovido que se tributa a los muertos, pesa en 1964, a la muerte de Juan Emar. Escasos son los homenajes rendidos en la prensa santiaguina: Augusto Iglesias, su hermana María Flora, su amigo Eduardo Anguita, desde el afecto y la admiración lo evocan en sus dimensiones humanas y se duelen del olvido, marginación y no reconocimiento de que fue objeto como vanguardista, escritor y pintor. “Decididamente estamos fuera del mundo”, dirá Anguita con palabras de Rimbaud, y en un esfuerzo por reparar imperdonables olvidos señala, advierte “a los lectores, a los escritores en particular, la importancia y calidad de la obra de este autor casi desconocido y que, sin embargo, podría figurar junto a los más notables escritores europeos”, respecto de muchos de los cuales Emar fue incluso un adelantado, y en nuestro medio, un precursor que, como dice Iglesias, no podrá ser “tan negramente olvidado como ha ocurrido en esta hora de su muerte”, cuando se realice “el juicio acerca de la aparición del vanguardismo en Chile”.

Pareciera no haberse aún cumplido lo deseado por Iglesias, por lo menos en lo que respecta a la crítica periodística después de 1964, en la que sólo pueden señalarse el mérito de Cristián Hunneus de haber anticipado diez años antes de su publicación, una descripción del texto de *Umbral* si bien conocido por él sólo parcialmente, además de haber publicado el prólogo de esa obra, parte esencial de ella, que como dice Alejandro Canseco no se sabe en atención a “qué misterio, negligencia u oscura voluntad”, no fue incorporado en la edición de 1977, hecha por Carlos Lohlé.

Junto a Hunneus, el “grito de naufrago” de Jorge Tellier en el diario *La Nación* el 8 de octubre de 1967, clama en procura de que los aires de renovación que alientan entonces en el medio intelectual chileno, lleven a interesarse en “la obra tan chilena y fecunda de Emar”, ignorada hasta ese momento por “los críticos y profesores que con sus cánones configuran una literatura oficial ‘de cubierto’ y no ‘a la carta’ como son las desarrolladas”.

La reedición de *Diez* en 1971, por Editorial Universitaria, con presentación de Neruda, provoca una reacción que acusa un grado mayor de interés y valoración que algo avanza en la difusión, descubrimiento o redescubrimiento para algunos, de la obra de Emar. A ello contribuyen los artículos de Ignacio Valente, Hernán del Solar, Luis Iñigo Madrigal, Braulio Arenas, entre otros, algunos de los cuales como Valente, a propósito de *Diez*, vuelven sobre otras obras de Emar destacando sus valores, superiores a los de “muchos escritores nuestros que atiborran las historias literarias y los cursos escolares y universitarios”, señalando que “es hora ya de remediar este desconocimiento que falsea en un punto esencial el panorama de la narrativa chilena del siglo xx”. Ello pareciera irse logrando, si bien siempre en el ámbito restringido de ciertos círculos críticos, a partir de la publicación de *Umbral*, en 1977, que, como Alejandro Canseco advierte, corresponde sólo al primer volumen del “Globo de cristal”, del primer Pilar: 219 hojas de un manuscrito de más de cinco mil que aún espera que se cumpla el proyecto de Lohlé de “publicarla completa, un tono por año, y dos si se puede”, y la predicción del editor: “Tengo fe en el éxito de la publicación del libro; yo no digo ahora, pero para mí es un clásico de

la literatura latinoamericana, y si no lo ven ahora, lo verán dentro de diez o veinte años”.

No ha sido así en los más de diez años transcurridos, puesto que, como lo advierte Alejandro Canseco, luego de la presencia que alcanza Emar en las páginas de los críticos, el año 77, “retorna al destierro de la literatura nacional”. Aun cuando ese destierro no sea tan absoluto, si se tienen en consideración los variados esfuerzos realizados para traerlo al espacio del conocimiento y valoración en nuestro medio. A ello han contribuido recientes homenajes rendidos por entusiastas admiradores y estudiosos de su obra; los trabajos realizados en los ámbitos académicos universitarios —tesis, seminarios, artículos en revistas universitarias— que abordan la obra emariana desde perspectivas fundadas en categorías, concepciones y metodologías provenientes de la actual teoría de la narrativa, aportando al conocimiento de las obras de Emar, desde el rigor del discurso académico.

A esos trabajos, viene a sumarse este libro de Alejandro Canseco, producto de sus investigaciones realizadas dentro del plan de Doctorado en Sociología de la Literatura que realiza en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, en París. Estudio que aporta la exhaustiva revisión de la crítica periodística sobre Emar y la reflexión sobre ella, planteando además una serie de problemas sobre el fenómeno de la recepción literaria en nuestro medio que resultan insoslayables para todo estudioso de literatura chilena.

Pero además, y muy significativamente, este libro de Alejandro Canseco contribuye al conocimiento integral de este auténtico creador de excepción que es Juan Emar al mostrarlo en diferentes facetas: la literaria, la pictórica, la humana de sus afectos, de sus vínculos y relaciones personales. Mucho de ello se manifiesta en “La obra pictórica de Emar y la crítica periodística” y en las “Notas Biográficas” que Alejandro Canseco inscribe en su libro, como anexos que contienen ilustraciones, fotografías y citas de textos inéditos de Emar, especialmente de su correspondencia con Pépêche que revela la dimensión íntima, privada, personal del escritor, también imprescindible para conocerlo y valorarlo. La expresión de intimidad que recogemos del discurso epistolar, favorece, por vía sensible, el conocimiento, la interpretación, la comprensión de la persona y la obra de Juan Emar y nos aproximan al ámbito de su afectividad, de su relación con Pépêche y del amor de ella por Emar y sus creaciones —hijas de ese amor—, según palabras del escritor.

Amor que Pépêche expresa, con la fuerza de lo intensamente vivido que ni siquiera el tiempo ni la separación definitiva han logrado mitigar, en las palabras que, a modo de *Umbral* y Epílogo, dan el marco al estudio de Alejandro Canseco, en la forma de “Homenaje a Juan Emar, a los 25 años de su muerte” escrito por Alice de la Martinière, el 8 de abril de 1989, y de Fragmentos de conversaciones con ella, sostenidas por Alejandro Canseco a lo largo de siete días de agosto de 1987 en Bagenon. En esos textos, enmarcadores del estudio (que el lector lamenta sean sólo transcripción fragmentaria de conversaciones, sin duda, fascinantes), Emar se nos revela en el nítido espejo del recuerdo enamorado de quien fuera su compañera, la musa y protectora de su creación, la preservadora de ella y de la memoria de Emar. En esa evocación de Pépêche no sólo se reconstruye y recupera la presencia de Emar y del contexto histórico cultural en que vivió y creó, sino que, además, ella entrega su saber enamorado sobre el artista y su creación. Saber que es fruto de la lucidez, la finura intelectual, la amorosa entrega que disponen y abren al conocimiento, a la comprensión y comprometen íntimamente al sujeto cognoscente con el objeto y a la

actividad cognoscitiva. Saber tan necesario de atraer a “esta república del irrespeto, de la casualidad y de la traición literaria” como severamente calificara Neruda al medio literario chileno en el Prólogo de *Diez*.

De ese saber enamorado de la obra emariana es testimonio este libro de Alejandro Canseco-Jérez, que busca producir una modificación en la apreciación que se tiene de ella. Estas palabras de presentación han querido ser prueba del logro de ese efecto testimonial en mi lectura de este libro que nuestra a Emar y su obra desde las más variadas perspectivas —la de la crítica periodística que lo ignoró y descalificó; la de aquélla, escasa, que le tributó reconocimiento y admiración; la de quienes, como Pépéche, le amaron; la del propio creador y la del autor del estudio—, y así modifica nuestra visión, enriquece nuestro conocimiento, estimula nuestro interés por la obra de Emar e impulsa a colaborar en la tarea de contribuir a tornar favorable la recepción de ella en el espacio literario chileno que le fuera tan adverso y, así, recuperar para Emar el lugar, negado por la crítica, que le pertenece en la literatura chilena.